

cuando acabe el qué hacer. Podrás entonces vestirme no teniendo que atenderme, y quién sabe si realizarás lo del matrimonio dentro de uno ó dos años, con las economías que ambos hagamos.

¿Pero por qué lloraba? Era una necesidad. En lugar de alegrarse por la mejoría presente que tanto necesitaba, se ponía á llorar.

Sardín, enjugando el llanto, le hacía con la cabeza que nó, que no lloraba, y le preguntó con voz temblorosa:

—¿Y cuándo te vas?

Al día siguiente, había perdido muchas oportunidades para perder ésta, temprano, lo más temprano que pudiera y que la señorita la encontrara ya instalada. Si lograba escaparse un instante, se verían por la noche en el parque, frente al pabellón, donde habían dormido.

—¿Se acordaba?

Sardín, lleno de negros presagios, empezó á exigirle una serie de juramentos á cual más terribles, á cual más comprometedores, á cual más difíciles de cumplir.

Nimiedades de enamorado, temores de niño, consejos de perdido.

Matilde prometía y juraba y volvía á prometer y á jurar, complaciente, condescendiendo á sus caprichos, á sus insistencias y á sus miedos.

—¿Quieres tomar café antes de acostarte?—le preguntó Sardín.

—Sí, sí, es una buena idea, magnífica.

—Será la última vez—y al notar que Matilde fruncía el ceño, agregó—que lo tomas en completa libertad.

—Nó, no sería la última. ¿Por qué se complacía en atormentarla? Acaso iban á morir ó iba ella á ser esclava?

Disputándose, llegaron á uno de esos cafetines abiertos toda la noche, refugio de desvelados y de madrugadores. Allí permanecieron algún tiempo, comiendo el mismo pan y bebiendo en el mismo vaso, con el camarero dormitando en frente de ellos, cómodamente instalado en una silla y descuidando á la amorosa pareja que tan poco se ocupaba de él. Pagó Sardín y en la puerta se despidieron, tristes, friolentos, irritados. Todavía desde la esquina se volvió á mirarla y poniéndose la mano en forma de bocina le gritó:

—Hasta mañana!

V.

Los primeros días, el asunto, si acaso ofrecía dificultades, no eran insuperables, y la sagacidad de Matilde las hacía impotentes para estorbarles sus entrevistas. Veíanse tres y cuatro veces, aprovechando la menor oportunidad, cualquiera distracción, en la esquina, junto á la entrada, en algu-

na tienda; con tiempo apenas de estrecharse la mano y de decirse «cómo te quiero» ú otra bobería por el estilo.

Sardín no salía de las calles adyacentes, rondándole la acera, atisbando el momento oportuno, incansable como todo el que quiere, tenaz y desconfiado como todo celoso. • Porque estaba celoso; de eso no le cabía duda. En cuanto á averiguar de quién ó de qué, le hubiera sido un poco más difícil. De todos y de ninguno; de los cocheros que conducían á la señorita, por las familiaridades que se permiten con las criadas, cuando como en ese caso, valen la pena; de los clientes ricos y considerados, que comienzan por hacer una caricia á la que les abre la puerta; de los que llegan en su juicio y de los que llegan sin él; de los que le hablan y de los que la miran; del que le pidiera un vaso de agua y del que le ofreciera uno de licor; del que acompañara al amigo de la dueña de la casa, y que al quedarse solo, en algo ha de matar el tiempo; de la señora misma; de las conversaciones que escuchara y de los detalles que sorprendiera; de las gratificaciones que recibiera, por la gratitud á que darían lugar; de los instantes en que no estaba con ella y de los que pasaban juntos, deseando que fuera sorda y ciega y que le dieran las viruelas ó se saltara un ojo, ó le pasara alguna barbaridad y se pusiera fea, monstruosa, repulsiva; que inspirase ascos y temores en vez de apetitos y deseos; lo comprendía

muy bien, más de cuatro habrían de ofendérsela diariamente, con el pensamiento por lo menos, si es que no podían hacerlo con otra cosa; conociendo, cuando le hablaba en sus escapatorias, que se le acercaba profanada, convertida en otra; y la palpaba, le olía la ropa, la identificaba, como quien cura un golpe de consecuencias ó restaña la sangre de una herida.

Sin embargo, no se apercibía cambio. La misma siempre, medio indiferente, comunicativa por intermitencias, de mirar vago, indefinido, pareciendo sondear el futuro; lo único notable eran su vestir y su calzado, que realizaban sus gracias, haciéndola mucho más bonita, con algo de coquetería en sus ademanes y cierta libertad en sus palabras, independiente, dominadora, deliciosa. Lo que mejor aprovechaban, ansiando que llegaran, eran los paseos de la señora, después del medio día, cuando iba á recorrer la avenida, y al caer de la tarde cuando se dirigía al bosque. Al regresar de uno de estos, los sorprendió en flagrante delito, conversándose entusiasmados, abstraídos en sus jardines, narcotizados con el poderoso aroma de sus propias ilusiones. Imposible fué negarlo, ni inventar parentescos, ni fingir encargos. La cosa estaba clara; pretendían engañarla, ellos, dos palominos, dos criaturas? Los hizo entrar, más disgustada en la forma que en el fondo, prometiéndose un rato de broma y tal vez premiarlos, dándoles permiso para

seguirse viendo. Pero Sardín se opuso, y se opuso con energía, distinguiendo la burla, acertando con la traviesa intención, puntualizando sus derechos y los de Matilde, encarándosele, discutiendo de potencia á potencia, sin fijarse en el contraste de su casi desnudez y el raso y los adornos de la "señora"—como le repetía, acentuando la palabra—mirándola con desprecio, empinándose para alcanzar mayores proporciones, arrojándole las frases á la cara, justiciero y elocuente.

La señora, que comenzó á escucharlo bien dispuesta á su favor, le cargó el chiquillo con su discurso insolente y su voz chillona, y lo echó á la calle sin amabilidad, empujándolo por los hombros, sin despedida, cerrando tras él de golpe, con cólera; riñendo en seguida á Matilde, prohibiéndole ver á ese muchacho tan groserote y tan ordinario; cuidado y la desobedecía, sería implacable; si la veía otra vez charlando con él, podía buscar á donde irse, pues no la había tomado para eso. ¿Quería amante? Pues á otra parte, ella en su casa buscaba seriedad..... en los criados—corrigió recordando su profesión.

Sardín salió desesperado; entrábanle tentaciones de pedir socorro á un gendarme, de apedrear la casa ó prenderle fuego, conformándose por prudencia, con amenazar al balcón y exclamar por lo bajo: "ladrona," "poca vergüenza," "perdida."

Comprendió que ya aquella era noche muerta,

que no dejarían salir á Matilde, y se retiró honrosamente, escribiendo una mala palabra en la puerta, con un trozo de cal arrancado al muro, con caracteres imitación de los de imprenta, aprendidos á fuerza de mirar el rótulo de los periódicos que vendía; letras gruesas, desiguales, cayendo unas sobre otras, epilépticas y tirando á griegas. Rióse de su obra y ya al partir, escupió la vidriera. Se había desahogado.

Contó la ocurrencia á Juan, su antiguo mentor, su solo confidente y su amigo íntimo, abultando los pormenores y en espera de una aprobación completa. Mas no fué así; se ganó una reprimenda y una lección. Parecía mentira que se volviera tonto. ¿No comprendía que se había sacado la lotería encontrando para su querida una casa de huéspedes tan económica?

—¿Qué? ¿Que no era su querida? ¿Pues qué era entonces?

—Novia!

Buenos estaban ellos para andarse con novias, de veras que era descarado; pero hasta suponiendo que nada fueran, ni novios, ni queridos, no se le alcanzaba que habría podido comer y pernoctar allí, con buena cama y buenos platillos, siguiendo otra táctica y empleando otros modales? ¿Qué había ganado? Dejar de ver á Matilde, perder una gran ocasión y fastidiarse. Sardín empezaba á arrepentirse oyendo á su camarada; en efecto, no estaba

bien con su hazaña, empeoraba en lugar de adelantar, pero no había podido dominarse; era duro el papel á que lo hubieran sujetado, reírse de él y de Matilde, no creas que era otro el fin. ¿Qué mal le hacían queriéndose? Ni á ella ni á nadie, tanto más, cuanto que no faltaban, ni armaban escándalos. Juan contestaba con calma, pesando las palabras con todo el aplomo de la experiencia, rebatiendo los argumentos y desaprobando los actos, el haber escrito esa palabrota sobre todo; naturalmente la leería la mujer, y adiós proyectos de reconciliación y de olvido. Le arrimarían un palo en la próxima entrevista, debiendo darse de santos si no aumentaban la dosis.

—Convéncete de que todo lo que no hagamos por nosotros mismos, es pan pintado; no ha de haber alma caritativa que nos ayude, salvo un caso en que sí nos ayudarán y con gusto: á bien morir; pero de ahí en fuera, que si quieres! Nos está prohibido por conveniencia propia, encolerizarnos, ofendernos, entristecernos y alegrarnos; nos está prohibido sentir, y si por excepción nos conceden sentimientos, no nos conceden el derecho de expresarlos, porque molestaríamos y nos enviarían á nuestro médico ordinario, el gendarme, que ya has visto que con su sola presencia opera prodigios. Recuerda que desde que te adopté, te lo he mostrado como á nuestro enemigo natural; si te empeñas en echar en saco roto mi advertencia, el mejor día te echan a ti

donde no volvamos á verte y se acabó el cuento. Calcula todo lo que hubieras logrado haciéndote el bueno, el humilde; una alhajita que se olvida, un pañuelo fino que se bota en momentos de disgusto. Son tan descuidadas esas mujeres, y claro, como que no les cuesta no se fijan.

Y observando que Sardín no admitía los últimos consejos, concluyó:

—Vuelves con tus escrúpulos? Pues lo siento por ti, nunca harás carrera.

Juan tenía razón, pero hasta cierto punto, que en cuanto á robar, jamás había de hacerlo; eso nó, conformábase con su destino, con lo que no se conformaba era con no ver á Matilde, sin ella no se hallaba contento en ninguna parte. Sentíase capaz de ir á pedir perdón, de arrodillarse, de implorar, de acometer lo que le exigieran, de ejecutar los oficios más bajos, los más inmundos, aunque no los pagaran, ni se los agradecieran; bastante pagado quedaría con un rato de charla con su Matilde, un rato de estar cerca de ella, acariciándola á sus anchas, besándola en el cuello con besos apagados y fugaces, como son todos los que se dan á hurtadillas, sin que por ello pierdan el sabor. Principiaba á pensarle el haberla respetado; supuesto que no habían de casarse, qué más daba? La haría su querida, pero de él solo, exclusivamente de él, sin participaciones ni ayudas extrañas. Lo que es para eso se sobraba y se bastaba. ¡Vaya si se bastaba! La se-

paración era la muerte, pero una muerte cruel y despiadada, entrando poco á poco, deleitándose en su obra de destrucción. No la resistiría; á qué, pues, seguir martirizándose, teniendo como tenía el remedio al alcance de la mano, bastándole para obtenerlo, abrir la boca, hacer una seña, decidirse? Apenas si durmió pensando en la satisfacción que debía pronunciar con aspecto contrito y protestas de enmienda, que cumpliría al pie de la letra, según se lo ordenaran.

Llegóse muy de mañana, encogido, indeciso, sin prever lo que aconteciera y dando vueltas á la reflexión de Juan; si por una desgracia se realizara y le pegaran un estacazo? y casi se detuvo, con ganas de marcharse, tentándose las costillas para cerciorarse de su integridad. Al acercarse á la puerta se encontró con su primer acusador, medio borrado pero existente siempre, delatándolo á la legua y resistiendo á las moralizadoras intenciones de los que al pasar habían querido concluir con él. Maldita palabra! Para qué la escribiría? A esas horas, ya sabría la señora quién era el autor y debía estar esperándolo para recompensarlo. Se puso junto á ella cubriéndola con el sombrero, tratando de despintarla con los codos, con las mangas, con cuanto encontraba, y nada. Las pocas letras componentes seguían firmes, inmutables, sin ganas de largarse ni de grado ni por fuerza, con todas las intenciones de eternizarse allí, á la vista de todo el

mundo, convirtiendo á la dueña de la casa en el objeto de las burlas y de las risas del primer desocupado, arrancándole la careta, publicando á gritos lo que se sabía por lo bajo. Mientras más las restregaba parecían adquirir más claridad y mayor fuerza. La rabia que le había hecho escribirlas, le había hecho cargar la mano de un modo tal, que cambió el dibujo en grabado. Era un bajo relieve indecente y de duración indefinida, con la pintura arrancada, dejando ver las incisiones profundas del guijarro que las causó en el tablero superior, á la altura del llamador que de lejos simulaba un signo de admiración justificada, codeándose con un lenguaje tan soez. Sabe Dios lo que aquello duraría, lo que es borrarla era imposible; pero negaría ser él quien la había escrito. No era el único que pasaba por aquella calle, y entre los que pasan, hay tantos mal intencionados! Sin ir muy lejos, bien podía echarse la culpa á los alumnos de alguna escuela, de los que salen en tropel dándose de puñadas, destruyendo los libros, corriendo desaforados y que se sacan trozos de tiza con la que escriben en las paredes lo bueno ó lo malo que se les ocurre, llegando en ocasiones á pisar los umbrales del dibujo con calaveras riendo a carcajadas ó caras casi humanas representando al catedrático, por el letrero que ponen debajo con su nombre y no por el parecido del retrato. Esa era la salida, y orgulloso de su agudeza, llamó por tres veces consecutivas, sonriendo al pen-

sar en el sofocón que iba á llevar Matilde viéndolo llegar con esas ínfulas. Aguardó un momento, comprendiendo que aunque el día iba á convertirse en su mitad, para ellas debía ser la madrugada. Necesitaba no echarla á perder y dominar su impaciencia. Se fumó un cigarrillo con calma, prolongando su duración y conservándole la ceniza, hasta que se quemaba los dedos, hasta que rindió el suspiro postrero, ardiéndose hasta no existir. Llamó de nuevo con más fuerza aún, dando á entender que no estaba para perder su tiempo, sin separar la mano del llamador, sin soltarlo, poco dispuesto á conceder otra prórroga. Cuando oyó correr el cerrojo sintió que le disminuían los bríos y que un escalofrío se le paseaba por el cuerpo. Mucho le sorprendió que no fuera Matilde la que salió á abrirle. ¿Se habría desvelado también? ¿O á consecuencia del disgusto estaría enferma?

La criada lo interrogó mal humorada, con sueño, indignada del aspecto exterior del visitante.

—¿A quién buscaba? A la señora? Estaba durmiendo todavía, pero podía dejarle á ella la carta ó el recado que llevara. ¿De parte de quién iba?

—Pues iba de la suya, sin carta ni recado, tenía que hablarle personalmente de un negocio urgente. Dígale Ud. que la busca Sardín; ya me conoce y me mandará entrar. Muévase Ud., criatura, qué me ve Ud. tanto?

Cerró la muchacha, mientras entraba á comu-

nicar lo que le exigían, y Sardín exclamó al mirarse con la puerta en la nariz:

—Hombre, qué grosería; éstas no conocen la educación.

—Que podía pasar, sí, por ahí, á la izquierda, en el dormitorio.

Descubrióse Sardín respetuosamente avanzando con cautela para no tropezar con un mueble ó con un tiesto de flores, admirado del lujo en alarmante *crescendo*, cuadros, pájaros en jaulas doradas, pero jaulas como iglesias pequeñas, con campanarios, y puertas y ventanas, llenas de labrados y de preciosidades, suspendidas de unas cadenas que, según su cálculo, harían buen papel acompañando al reloj de un caballero. Sin embargo, como hombre de mundo, no dejaba adivinar sus impresiones por más que caminara de asombro en asombro; esperando salir de allí á narrar su viaje maravilloso á los de sus compañeros que no conocieran esas cosas. Con razón Matilde siempre había tenido deseos de instalarse en tales casas; debía estar-se bien rodeado de todo aquello, connaturalizándose con los de los ricos. Y como le indicaron que á la izquierda, metió la cabeza en la primera puerta que encontró entornada, sin alcanzar á ver ni pizca y sintiendo junto á sí algo como un género pesado despidiendo un olor especial, muy semejante al que despiden las tiendas de ropa cuando hay muchos parroquianos examinando telas en el mos-

trador. Creyó haber equivocado el camino y quiso marcharse, pero no pudo; íbansele los pies en la pared negra que se hundía á cada uno de sus esfuerzos por desasirse; escuchó distintamente que le gritaban que pasara, y en su ansia por obedecer, por hacerse grato, derrepente le pareció que la pared se abría, no pudo ya contener el empuje y cayó de bruces dentro de la pieza, deslumbrado y atarantado por el golpe. La señora se incorporó en el lecho, colocado en medio de la habitación, para averiguar la causa del estruendo, y al distinguir al pobre Sardín que se levantaba corrido y avergonzado, le entró una risa tenaz, convulsiva y estrepitosa. Sadín comenzó á sonreír pasándose la mano por la parte dolorida y concluyó haciendo coro con la señora, más por galantería que por deseos, suponiendo de buen tono no desterrar el buen humor con que se le recibía. Lo había derribado una cortina de terciopelo cruzada por gruesos cordones y que cubría la puerta toda. A no ser por el porrazo y sus consecuencias, le hubiera faltado el resuello dentro de la cámara. Sí le parecía decoración de comedia de magia; todo era nuevo, original, desconocido. Desde la alfombra, hasta el cielo raso pintado de muchos colores, no se veían más que prodigios.

La luz entraba tamizada por un transparente curiosísimo; una mujer enteramente desnuda, sentada a las orillas de un arroyo y dejándose picar de un ganso blanco muy distinto de los que cono-

cia, con el cuello largo y arqueado, las alas desplegadas sobre las ondas, como acercando las distancias, y cortando la espuma con el pecho esponjado. Lo que más le agradaba, era que el tal ganso tenía mirada de gente, y fija en la bañadora.

Y en todas partes, en las paredes, en los rincones, en el tocador, cuadros pequeños con marcos de felpa, juguetes, figuritas, frascos de esencia llenos de cintas.

Sobre la luna del tocador, otra mujer, quién sabe de qué, vestida de baño, inclinada, las manos juntas por encima de la cabeza, como un nadador que va á tirarse al agua, casi esperándose que por momentos se sumergiera en la palangana.

Del centro del techo pendía una lámpara enorme de cristal azul, y colgando de ella, dos niños de porcelana, abrazados y sentados en un columpio con cordones de seda roja.

Sofas, sillones, unos objetos de mimbre con plantas artificiales que olían como si fueran de verdad; un guardarropa con un espejazo colosal y sobre todo, la cama, esa era el acabóse. Dorada también, alta, con columnas retorcidas, sábanas blanquísimas, almohadones, un colchón tan raro, que con la risa de la señora, se movía solo.

Reconoció á Sardín, y quiso ponerse seria, sin cuidarse de lo que éste pudiera ver, apoyada en un codo sobre el que caía, arrugándose, la camisa en busca de su centro de gravedad.

Pero Sardín, repuesto del susto, se desató en su peroración, como quien recita un trozo aprendido de memoria, enredándosele la lengua, aligerando su conciencia para salir del paso. Había sido un majadero, un ordinario, pero ella lo perdonaría, prometía no volver á hacerlo, al contrario, ofrecíase á sus órdenes para las comisiones delicadas; podía ponerlo á prueba y no se arrepentiría; pero si supiera, quería tanto á Matilde, ya debía figurárselo, juntos desde pequeños..... y nunca se habían separado, aquella era la primera vez. Lo dejaría ir á visitarla, verdad? Por lo menos cada tercer día, á cualquier hora, á la que fuera menos molesto y nada más un ratito, diez minutos ó cosa así. Al cabo esa licencia, ¿qué podía importarle? Prometía estarse tan quieto, que los concurrentes ni sospecharían su presencia. Se conformaba con la cocina ó con el corredor interior, donde le dijeran.

La señora lo escuchaba interesada, envidiando á Matilde, envidiando un amor semejante, tan desinteresado, tan profundo, tan sublime. Adivinaba tesoros de delicias, de delicias que había soñado sin realizarlas jamás, y le simpatizó el muchacho con la tez encendida, despeinado, brillándole los ojos al hablar de su amada, transfigurado, ideal, grande. Apenábale tener que confesarle la fuga de Matilde, se le resistía, iba á hacerle daño. Pero era preciso, indispensable, y dulcificando las palabras y la voz,

le indicó el desastre, esperanzándolo con que tal vez se habría marchado para buscarlo á él.

Sardín sintió un vuelco en el corazón y supuso que era una broma que aquella señora gastaba para reír un rato más, como había reído con él, al caerse; creyéndola partidaria de lo alegre, de lo ligero, de lo superficial.

—Te digo que se largó en la misma noche, á poco de que tú te fuiste.

—¿Que se largó?—repitió Sardín—y al oír que le ratificaban la noticia, preguntó con un candor, impropio de sus antecedentes:

—¿Y no sabe Ud. á dónde?

—A dónde podía irse de noche, una muchacha como Matilde, bonita y viciosa? Si no se había ido con él, se habría ido con otro. ¿No lo comprendía?

Sí, Sardín comprendió, y loco, dando aullidos de dolor, salió de la casa sin preocuparse de los desperfectos que causaba en su carrera desesperada.

VI.

Se le pasaban los días sin encontrarla, por más que la buscaba como puede buscarse un alfiler, desplegando una actividad que hubiera significado un ascenso al agente de policía que con menos recomendaciones contara. No se atrevió á tomar informes en la Inspección de Sanidad, porque na-

da adelantaría. Sabía de antemano que aún supuesto el caso excepcional de que lo escucharan, no habían de hacerle caso. Se lo quitarían de encima como quien se espanta un moscón, quedándose en la ansiedad de antes, agravada con una reprimenda. Limitóse á recomendar á todos los compañeros que en cuanto la vieran se lo comunicaran, haciendo él por su parte, jornadas inconmensurables y tentativas sin cuento. Todo era infructuoso, parecía que á Matilde se la había tragado la tierra. De nada le servía conocer la ciudad como á su propia casa: es tan grande, que siempre le quedaba algún barrio por escudriñar, alguna casa sospechosa en que asomar las narices. Indudablemente estaba fuera, en el campo tal vez ó en otra ciudad cercana; cómo y con qué se iría en su busca? El chico, que nunca fué grueso, enflaquecía á ojos vistas consumido por la fiebre, por las privaciones y por el padecimiento moral.

Apenas hablaba, no vendía nada y la comida a alternaba con la fiebre; ambas eran tercianas.

Sus mismos compañeros, no muy impresionables generalmente, estaban preocupados de las dolencias de Sardín, agotando su reducida terapéutica por mejorarlo. Rechazó una contrata ventajosa servir de anuncio ambulante con traje de fantasía, sin más obligaciones que pasear un cartelón y nutrirse á su antojo. A las reflexiones que le hicieron mostrándole lo desacertado de la negativa, respon-

dió que el aceptar le entorpecería lanzarse en pos de Matilde cuando la encontrara, cosa que tenía que suceder. De tiempo en tiempo se dirigía á la casa de *esa señora*, á la que guardaba inacabable rencor, y de paso, sin entrar, se informaba de si Matilde había vuelto.

En cierta ocasión, uno de sus socios creyó haberla visto en un carruaje de alquiler, muy apartada del centro y en compañía de gentecilla, algo así como obreros sin trabajo y ebrios, acompañados de mujercuelas y armando una barahunda infernal. Comunicó á Sardín sus temores, porque conocía á una de las acompañantes, domiciliada en una casa popular y mal concurrida por su baratura.

Sardín hubo de sufrir malos modos, indirectas en espera de Matilde. Lo informaron de que, en efecto, allí vivía.

Antes de llegar, habíase provisto con un amigo —tenía tantos— de un cuchillo feroz, ligeramente oxidado en la punta, con cabo de madera ennegrecida por el uso y la hoja curva y ancha, yendo de mayor á menor.

—Es un bicho que espanta—le dijo el dueño al prestárselo—y espantaba tanto, que Sardín se lo guardó en la bolsa hasta lo que llamaba el momento oportuno. Por qué consiguió el cuchillo? Para qué lo necesitaba? No se respondía, al menos con razones convincentes. Cuando supo en lo que Matilde se había convertido y se decidió á ir á verla, le

pareció natural proveerse de eso, de un cuchillo ó de cualquiera arma destructora. Lo esencial era destruir á Matilde ó algo. Y cuando la vió venir acompañada de otras mujeres hablando á voces, prodigándose epítetos, no todos aceptables, sintió que el corazón se le oprimía hasta cesar de latir, sintió ansias horribles, que lo ahogaban, deseos de dar gritos, y tambaleándose, con el alma agonizante de dolores inmensos, se le acercó, le interceptó el paso y se quedó mirándola mudo, cadavérico, lloroso. Buscó el cuchillo, y al tropezar con él, retiró la mano horrorizado, dándose miedo á sí mismo, sin fuerzas para ejecutar un crimen disculpable. Matilde, ligeramente beoda y conociendo su influencia, le habló sin temores y sin asombro, sin el más pequeño pudor, orgullosa de su nueva carrera, de la que cosechaba los primeros laureles, queriendo demostrar á sus compañeras que sabía tanto como ellas, que tenía también un amante indigente que la maltrataría, que le exigiría dinero, que le arriaría sus palizas de vez en cuando, que la celaría, que darían escándalos y estarían presos y detenidos con frecuencia. De tal suerte, que casi se alegró de ver á Sardín; preparaba su golpe teatral al que todo contribuía á dar mayor realce, la noche, la soledad de la plazuela, el aspecto del mozo y el de las infelices sus amigas, esperando un desenlace ruidoso y brutal, en los que diariamente son actoras ó testigos.

—¿Por qué no la abrazaba? Se hacía el enojado. ¿Y de qué? Acaso él la mantenía ó podría darle lo que ganaba? No seas tonto, confórmate y nos seguiremos queriendo. Tenía un día libre en cada semana, día que le dedicaría por completo, yéndose donde quisieran, dueños de su tiempo y de su juventud. No todos nacían con la misma estrella, esa era la suerte que les había tocado y era más cuerdo seguirla con resignación. Le tendió la mano, atrayéndolo con insistencia y mezclando en sus palabras, lo práctico y lo dulce, lo egoísta y lo intangible.

Sardín avanzó hasta donde estaban las otras mujeres, sin contestar á Matilde, haciendo esfuerzos por contenerse, y cuando estuvo cerca de ellas les dijo con una voz imperiosa, ronca, que no admitía observaciones:

—Márchense Uds.!

Y se marcharon, obedientes, sin objetar, haciendo señas á Matilde de que las siguiera, felicitándose de verse libres de aquel lío y compadeciéndose á la que creían próxima víctima de un celoso intransigente. Sardín esperó á verlas desaparecer, y con el mismo tono, tomando á Matilde por un brazo, la alejó de la casa, exclamando:

—Oyeme un momento.

Se sentaron en el quicio de una puerta, confundidos en un solo bulto, difícil de clasificar, envuelto en la oscuridad, recibiendo por intermitencias, una

débil luz del cercano reverbero, hablando Sardín sin cesar, recorriendo en su delirio, desde el mandato inapelable hasta la súplica rastrera, olvidando lo acaecido, perdonándolo, corriendo un pesado velo sobre la última monstruosidad, ofreciéndole una existencia llena de privaciones, pero congestionada de dicha.

—“Vive conmigo,” era el tema favorito, al que volvía á cada frase.

Había ido para matarla, lo confesaba, y una vez junto á ella no podía ni golpearla como merecía.

—Y mira, no te engaño—le decía mostrando el cuchillo—pero de nada me sirve.

Matilde se puso seria al ver el arma, y quiso huir. Sardín la detuvo; por qué se iba? No le repetía que nunca le haría mal? Podía calmarse, y para acabar con sus temores, arrojó el cuchillo al arroyo, con fuerza, oyéndose un sonido de hoja lata cuando chocó con los guijarros. Volvió á la carga con más denuedo, aceptando y pasando por todo, menos por verla como la veía. ¿No recordaba los sacrificios que se había impuesto por ella? ¿No recordaba la noche del Pabellón en que por un exceso de cariño, mal entendido si quería, la respetó contra su gusto? Y para qué? Para que ella hubiera parado en eso? Si no podía creerlo; se iría con él, no era así, desde ese momento, sin que volviera á mencionarse aquello, como si jamás hubiera existido. Matilde se oponía, alegando compromisos

contraídos, deudas anteriores, persecuciones en lonjananza si se iba.

—Convéncete que no es que no te quiera—decía besándolo para dar mayor fuerza á la expresión—si no de que es imposible. En ese mismo instante estaban corriendo un riesgo inminente, que la extrañaran y salieran en su busca. ¿A dónde lo mandarían á él? Mientras que si la dejaba en paz, sería otra cosa.

—Decididamente nó?—preguntó Sardín.

—Dame un remedio y lo haré—contestó Matilde.

—Tenía razón, no había remedio, y encontrando salida al llanto que lo había estado ahogando, se abrazó á ella empapándole el hombro en que acomodó su cabeza. Matilde se enterneció un poquillo y lo calmaba á su manera, siempre prometiendo la ventura anhelada, siempre el mañana. Se enderezó Sardín y enjugándose sus lágrimas, se despidió de ella, abrazándola toda, besándole los ojos y la frente y la boca, cuanto encontraba á su paso.

—Vendrás mañana?

—Adiós—repuso él retirándose, después de reflexionar la respuesta y sin volver la cara una sola vez.

VII.

En el trayecto se iba riñendo con palabras durísimas; no tenía vergüenza, ni nada; pues no la dejaba en esa casa y se venía él tan fresco, sin siquiera haberla señalado ó haberla muerto? Nó, señor, se conformaba con besuqueos y simplezas, sabiendo que era de todo el mundo menos de él, que tanto la había querido, que tanto seguía queriéndola. Imbécil y cómo ha de reírse de mí; pero no se reiría más, lo prometía. Eso estaba para concluirse y no con muchas risas por cierto; quizá por la segunda vez, haría llorar á Matilde. Bien pensada la cosa, hacía tiempo que debía haberla ejecutado. Era triste, no había de serlo; pero no tanto como seguir viviendo sobre ese pie. Se mataría, por qué no? Ni quien se lo impidiera, al contrario, hasta Matilde quedaba libre de sus impertinencias. No habiendo podido destruir á nadie, se destruiría á sí mismo.

Las únicas caricias que recibió en el mundo le fabricaban su sepultura. Nacido de la tierra, se regresaba temprano á ella, como el que sale á dar un gran paseo y se siente desalentado á los primeros pasos. Ignoraba si lo bautizaron, pero en cambio estaba seguro de que lo enterrarían. Vivió sin padrinos y sin afecciones; moriría sin dolientes y sin herederos. El Ayuntamiento, que le había negado

un vestido, no podría negarle un ataúd. El género de muerte, sí le parecía inhumanitario; eso de tirarse así como así á una acequia, no debía ser muy agradable; y luego, sabiendo nadar, esto prolongaría el negocio. Pero de qué otra manera podía despacharse? Los pobres como él, tienen que buscar lo barato hasta en eso. ¿Quién había de facilitarle una pistola? y en cuanto al cuchillo, siempre le inspiraron horror las heridas que produce. La sangre lo impresionaba y no se creía con el valor suficiente para recetarse dos ó tres tajos que lo concluyeran. No tenía más, se dejaría ir resuelto y no se movería.

Maquinalmente ofreció dos cajas de cerillos, restos de su comercio, á alguien que no vió y que se las compró sin hablarle. Al sentir la moneda en la mano pensó en lo que hacía.

—Y esto de qué me sirve?—exclamó mirándola.

Y al pasar junto á uno que pedía limosna con la mano extendida, sufriendo en silencio que se la rechazaran, volviendo á extenderla con la tenacidad del que no ve y del que no ha comido, le dejó caer la moneda; el ciego retiró la mano con ansia, temiendo que se arrepintiera el de la caridad al notar que daba plata, plata reconocida con el tacto y murmuró:

—Dios lo ampare, hermano!

Cuánto tiempo hacía que no le hablaban de Dios y cómo lo necesitaba. Habíalo recordado pocas veces en su azarosa vida y ahora, reconocía el